

SEPTIMA SEMANA DE PASCUA

(Año Par. Ciclo C)

ASCENSIÓN DEL SEÑOR A LOS CIELOS

DOMINGO

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 1, 1-11: Se elevó a la vista de ellos.

En la primera lectura, encontramos la Ascensión de Jesús a los cielos, fin de todo su ministerio terrenal y de su obra salvífica. Lucas, presenta todo el ministerio evangelizador de Jesús como una subida, propio de él, de Galilea a Jerusalén y de aquí al cielo, tiempo en que comienza la actividad de la Iglesia (cfr. Hch. 9, 51; 24,50-51; 1,8). La Transfiguración, fue anuncio de la Ascensión, retorno de Jesús a la derecha del Padre, y ésta es anuncio de su Parusía al final de los tiempos (cfr. Lc. 9, 28-36; Jn.13, 31-32; 14,12.28, 16,28; 17,1-5; Hch.1,11; Dn.7,13; Mc.14,6; Ap.1,7). La Ascensión marca el triunfo cósmico y universal de Cristo, el Reino de Dios, por la fuerza del Espíritu, llega a quienes permanecen unidos a Cristo glorificado presente en la asamblea eucarística.

b.- Ef. 1, 17-23: Triunfo y supremacía de Cristo.

El apóstol comienza por dar gracias a Dios por la fe y caridad de los efesios con los miembros de la comunidad, los santos, y hace memoria de ellos en sus oraciones. Pide al Padre para ellos espíritu de sabiduría y revelación, para que conozcan la salvación en clave bautismal, manifestada en Cristo Jesús. Quiere que el corazón de los efesios sea iluminado para que vean la esperanza, la elección y riqueza de herencia de gloria que poseen por ser miembros del pueblo de Dios. Busca que el Padre sea conocido y ordena toda la vida escatológica de los fieles. El apóstol confiesa la supremacía de Cristo exaltado (Col.1,15-20), sobre todos los poderes cósmicos, que es Señor, sin límites espaciales y temporales, de todo el universo (v. 21; Jn. 5,20; 17,3; 1Cor.6.12; 15,28; Ef.3,10; 6,12; Col.1,5-27; 2,10.15;3,11). Pero el señorío de Cristo Jesús, se despliega, como cabeza del cosmos, también a la comunidad eclesial, se le da como Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo (v.22; cfr. Col.1,18; Ef.3,10.21; 5,23.24.25.27.29.32), dándole vida y unidad. La Iglesia la define como plenitud de

Cristo, es decir, ÉL es el que acaba todo en todos sus miembros (cfr. Ef. 3,18; 5,2). La Iglesia es el espacio, plenitud de Cristo, donde despliega su infinito amor por el mundo y para el mundo mediante el servicio a los hombres.

c.- Lc. 24, 46-53: Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo.

En este evangelio encontramos que las palabras de Jesús resucitado se fundamentan en las Escrituras, nombra a los discípulos testigos y esperen la llegada (vv.44-49), y la ascensión de Jesús a los cielos (vv.50-53). Todo lo anunciado en las Escrituras respecto a Cristo en cuanto a su pasión, muerte y resurrección; y la proclamación del perdón de los pecados se ha cumplido (v.46ss). Asistimos a la aparición de Cristo resucitado a los apóstoles, luego del episodio de Emaús, en el cenáculo de Jerusalén (Lc.24,36-43). Terminada la cena, confía sus últimas instrucciones al colegio apostólico. El énfasis está puesto en la continuidad entre las palabras del Jesús histórico y las del Cristo resucitado, y las Escrituras (Lc. 24,44-45). Jesús, había anunciado el cumplimiento de las Escrituras en su vida (cfr. Lc.1,20;4,21;9,31;21,24;22,16), por lo mismo, no debía sorprenderles a los apóstoles los acontecimientos, solo que no comprendieron plenamente que era el Mesías (Lc.24, 27.32.45). Lo que la Ley, los Profetas y los Salmos, hablaron de Jesús debía cumplirse, entonces se les abrieron sus inteligencias, y ahora comprendieran que el Mesías debía sufrir, resucitar al tercer día, y que la misión que les confía es predicar la disposición de Dios para perdonar los pecados (cfr. Jl.2,32). La misión está destinada a todas las naciones como habían anunciado a los profetas, pero comienza en Jerusalén. A la visión judía de la ciudad santa, centro del mundo, Jesús añade la visión universal: los discípulos irán a las naciones desde Jerusalén anunciando la llegada del Reino de Dios (cfr. Is.2,3; 42,6). La comunidad apostólica de Jerusalén, luego de la Ascensión, asume dicha misión. Como testigos de Cristo resucitado, les anuncia la Promesa del Padre, es decir, la venida del Espíritu Santo, una vez ascendido al cielo. El evangelista narra la Ascensión de Jesús a los cielos, en Betania, que consiste en la bendición, la partida de Jesús y la reacción de los discípulos (2 Re.2,11s; Eclo.50,20-22). La bendición de Jesús (cfr.Gn.49,26; Lv. 9,22; Dt.33,1-29; Eclo.50,22), acto solemne de traspaso de su misión evangelizadora a los discípulos, dejándoles no huérfanos sino en las manos del Padre. El Hijo vuelve al Padre como lo había anunciado (Lc. 22,69). Los discípulos de rodillas despiden adorando a Jesús que fue llevado al cielo. Se regresaron a Jerusalén alegres, y estaban en el templo, donde todo había comenzado (Lc.1,5ss), siempre bendiciendo a Dios por sus beneficios, es decir, Dios sigue actuando. Comienza la alabanza incesante de la Iglesia a Dios, porque en ella reside la fuente de la salvación para el mundo entero.

Santa Teresa de Jesús, propone la determinación, como camino para responder a tantas gracias recibidas de parte de Jesús en la oración. “Harto gran misericordia hace a quien da gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien. Porque si persevera, no se niega Dios a nadie. Poco a poco va habilitando él el ánimo para que salga con esta victoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma sino muchas. Si el que comienza se esfuerza con el fervor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí. Como a buen capitán, le da Dios quien vaya en su compañía. Póneles tantos peligros y dificultades delante (10), que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho y mucho favor de Dios.” (Libro de la Vida 11,4).

LUNES

Lecturas bíblicas

a.- Hch. 19,1-8: Pablo en Éfeso.

Este pasaje de los Hechos, nos narra la llegada de Pablo a Éfeso, otra de las comunidades a las que el apóstol dedicará uno tres años de su vida. No hay claridad acerca del origen de esta comunidad porque cuando Pablo llegó ya había discípulos del Señor Jesús. La importancia de esta comunidad queda clara con la intervención de Dios a su favor: la efusión del Espíritu Santo sobre los bautizados (v.6). Habían recibido sólo el bautismo de Juan, no habían oído hablar del Espíritu Santo. Mientras el primer bautismo, es figura del bautismo, una preparación, al bautismo en el nombre de Cristo, es contar con la presencia del Espíritu Santo que sostiene la vivencia de fe, consagra a esta como comunidad eclesial, espacio de irradiación del evangelio de toda esa región. Necesitaban recibir el Bautismo de Jesús, para ser verdaderos cristianos dentro de la Iglesia. Es Pablo, quien los bautiza, y por la imposición de manos, reciben el Espíritu Santo, quedando incorporados en la naciente comunidad de Éfeso. Afirma Pablo, que el Bautismo requiere la auténtica conversión, supone la confesión de fe en Jesús, para convertirse en cristiano. La imposición de manos, llevada a cabo por Pablo, recuerda la praxis común que tenían los apóstoles al respecto, como Pedro y Juan habían impuesto las manos a los que habían abrazado la fe (cfr. Hch. 8,17). Si bien Pablo, tiene la misma categoría que Pedro y los demás apóstoles, él por humildad, reserva ese título sólo para los Doce. Finalmente, los recién bautizados,

recibieron el don de lenguas y profecía. Vemos el éxito que tuvo Pablo, en esas jornadas misioneras en Éfeso.

b.- Jn.16, 29-33: El Padre está conmigo.

El evangelio, nos presenta la reacción de los discípulos (vv.29-30), y la de Jesús (vv.31-33). Los discípulos agradecen la claridad de Jesús en sus palabras. La claridad es propia del ahora, tiempo del Mesías, la oscuridad, hablar en figura, es del pasado. Sin embargo, los discípulos creen ya poseer un conocimiento y una fe perfecta en Jesús. Jesús conoce sus corazones, hasta el momento se han mostrado incrédulos y sus preguntas lo manifiestan (Jn.16,19). Reconocen que Jesús lo sabe todo, admiten que es el único revelador de Dios. Su fe afirma: Jesús viene del Padre (v.30). A los discípulos les costó aceptar lo dicho de su partida al Padre (Jn.16,17-19), pero Jesús sigue hablándoles de ese regreso (Jn.16,28). El reconocimiento que acaban de hacer es parcial, porque tener fe en Jesús es mucho más que conocimiento. Si bien están en lo cierto, han aceptado su Encarnación, salió del Padre y ahora retorna al Padre. A los discípulos todavía les falta madurar en su adhesión plena a Jesús. La pregunta que les hace: “¿Ahora creéis?” (v.31), descubre los alcances de la fe de los discípulos en el “ahora”, que ha llegado. La revelación de Dios, conlleva para los discípulos que lo dejarán sólo, se dispersarán cada uno por su lado (v.32; Zac.13,7). En el fondo, les preocupa su vida, no la seguridad de Jesús, se cumple aquello: vino a los suyos y su propio pueblo no lo aceptó (Jn.1,11). Jesús, puede ser abandonado por los hombres, pero no está sólo, el Padre estará con ÉL (v.32; cfr. Jn.8,16. 29). La violencia que rodeará el final de la vida de Jesús, no rompe la unidad que existe entre Jesús y el Padre. Vuelve a hablar de la hora que está llegando, les habla de los hechos dramáticos que se avecinan, para que cuando lleguen, tengan paz en ÉL. Las tribulaciones vendrán, pero incluso ahí, como discípulos suyos, deben tener ánimo, pues vencerá al mundo. La paz y la victoria de Jesús, nacen de la unidad con su Padre, lo cual también se asegura a los discípulos que creen y aman al Hijo. El lugar de unirse al mundo, la invitación que hace Jesús, es a estar muy unidos a ÉL si quieren tener parte en su victoria. A pesar de la poca fe los discípulos, de ayer y de hoy, tenemos en medio de la prueba, buenas razones para tener ánimo en el Señor Jesús.

Santa Teresa de Jesús, hija de su tiempo y de su Iglesia, batalladora por carácter, recia en sus virtudes, exhorta al cristiano a luchar por su fe, respondiendo a la gracia divina. “La otra cosa es, y que hace mucho al caso, que pelea con más ánimo. Ya sabe que, venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe, si le vencen, no le perdonarán la vida, y que ya que

no muere en la batalla ha de morir después; pelea con más determinación y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva adelante lo que le importa la victoria y que le va la vida en vencer.” (Libro Camino de perfección 23,5).

MARTES

Lecturas bíblicas

a.- Hch. 20,17-27: Despedida de Pablo habla de los presbíteros de Éfeso.

Aquí encontramos el discurso de despedida de Pablo en Mileto, a los presbíteros de esa comunidad. Un auténtico testamento espiritual, donde Lucas nos comunica el retrato del apóstol recogido por la tradición eclesial, donde resuenan los ecos de otras despedidas (cfr. Dt. 29-31; 1Sam. 12; Jn.13-17). Pablo deja sentir su pasado y su futuro (vv.18-21.22-27), en sus palabras ahora (vv.22.25-26), como apóstol escogido por Jesús para su misión entre los gentiles. Su ministerio entre ellos ha sido un servicio al Señor y a la comunidad, una proclamación de todo el misterio de la salvación, sin omitir nada. Su futuro lo sella el Espíritu de Dios, que lo llevará a testimoniar con la vida la consumación de su ministerio. Pablo, termina su actividad pastoral en libertad, tal como lo presenta Lucas, es el misionero ideal y responsable excepcional de la comunidad cristiana. El centro de su predicación era la conversión y creer en Jesucristo, y todo eso, por fidelidad al ministerio recibido: dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios (vv. 21. 24). El evangelio, lo presenta Pablo con muchas denominaciones, pero con un denominador común: la Palabra de Dios, evangelio de la gracia, palabra de salud (cfr. v. 24; Hch. 14, 3; 20,24; 13,26), que comunicó para edificar el Reino entre los efesios, dando a conocer así, todo el designio de Dios.

b.- Jn. 17, 1-11: Padre, glorifica a tu Hijo.

El evangelio nos presenta la oración de Jesús al Padre (vv. 1-5), y también ora por los discípulos (vv.6-11). Jesús, ora al Padre por su propia glorificación, sino que su gloria y la del Padre sean una sola cosa; él lo ha glorificado dándolo a conocer a los hombres. La relación entre haber glorificado al Padre y ser glorificado se debe a que Jesús tiene los mismos poderes del Padre. Tiene poder para dar vida eterna y juzgar a los hombres, que el Padre le ha confiado (cfr. Jn.1,12-13). Jesús, define la vida eterna, como el conocimiento que tienen los que creen en Dios, por lo revelado por Jesús como historia de la salvación. Es el logos de Dios, quien ha

dado a conocer a Dios, esa es la vida que posee el creyente. La tarea encomendada por el Padre, dice Jesús ya se ha realizado, por ello, pide ser glorificado, volver a la presencia del Padre, con la gloria que era suya antes de la crear el mundo. Llegada la hora, cuando sea el levantamiento de Jesús en la cruz, cuando se manifieste la gloria de Dios, entonces el Hijo será glorificado. En ese futuro cercano, se verá el amor de Dios revelado en el amor que Jesús manifestó por el Padre y sus discípulos. Finalmente, ruega por los discípulos, no por el mundo, sino por aquellos que llevarán a cabo, la gran misión evangelizadora en el mundo. Como ÉL, los discípulos, son de arriba y de abajo, es decir, están en este mundo, perteneciendo al de arriba, al cielo.

Santa Teresa de Jesús, se sabe viviendo en Dios Uno y Trino, desde que conoció el amor de Jesús. “Y así, orando una vez Jesucristo nuestro Señor por sus apóstoles -no sé adónde es- dijo, que fuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El (14). ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! Y no dejamos de entrar aquí todos, porque así dijo Su Majestad: No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también, y dice: “Yo estoy en ellos”. ¡Oh, válgame Dios, qué palabras tan verdaderas!, y ¡cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! Y ¡cómo lo entenderíamos todas si no fuese por nuestra culpa, pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar!” (Libro 7 Moradas 2,7-8).

MIERCOLES

Lecturas

a.- Hch. 20, 28-38: A los presbíteros de Éfeso.

En este discurso, Pablo pide a los presbíteros, celo, humildad y renuncia al egoísmo. El deseo implícito de Pablo, es traspasar su responsabilidad y ejemplaridad de vida, en la fundación y gobierno de las comunidades a los presbíteros de la Iglesia. Dios los llamó, para apacentar el rebaño de su Hijo, que adquirió con su muerte y resurrección. Es el Espíritu Santo, el responsable de la elección de los dirigentes de las comunidades (cfr. Hch. 13, 1). Si bien, la imagen del rebaño, es conocida en el AT, en el Nuevo, es la comunidad cristiana, el nuevo rebaño del Señor Jesús (cfr. Lc. 15,4; Jn. 10; 1 Pe. 2, 25). Luego, ese título pasará a los apóstoles y más tarde a los encargados por la comunidad local (cfr. Jn. 21, 15-17; 1 Cor. 9,7; 1 Pe. 5, 2-3). La Iglesia les ha sido confiada por Cristo, no son sus amos o dueños, Él la adquirió con su propia sangre, esta es la razón de la

redención y origen de la comunidad eclesial. Pablo, advierte sobre la culpa en los desvíos doctrinales que puedan sufrir como comunidad, porque esos peligros provienen del exterior y del interior, persecuciones y herejías. Su trabajo consistió en predicar, se ganó el pan con la labor de sus manos, no fue gravoso para nadie; fue humilde en el trato y en la presentación de la doctrina en forma pública y en las casas. ÉL representa a la Iglesia apostólica y legítima de Cristo, cosa que los maestros gnósticos que se habían infiltrado, también en el judaísmo, no pueden invocar. Los presbíteros deben ser como Pablo, un soporte para la comunidad en lo doctrinal y en lo pastoral para sus comunidades, evitando la dispersión y la herejía (v. 28. 31). Si bien, los responsables son los dirigentes, es Dios quien debe velar por ellos. ÉL debe continuar la obra comenzada por ellos con la recepción de la palabra de gracia divina que les ha confiado y el cuidado pastoral. La gracia es la actualización de la obra de Dios realizada en Cristo dentro de la comunidad eclesial, que edifica al creyente y a la propia Iglesia. Santificados son los creyentes, familia de Dios, con derecho a la herencia prometida desde antiguo (cfr. Dt. 33, 3-4). Finalmente, Pablo nos comunica que conoce la palabra de Jesús mientras estaba vivo, y no sólo la conocía sino la seguía. Por primera vez Lucas, relaciona a Pablo con la predicación terrena de Jesús, es decir, no sólo lo vio Resucitado, sino que conoce su predicación: “Mayor felicidad hay en dar que en recibir” (v. 35). Con una palabra, no suya, sino de Jesús, Pablo se despide de la comunidad. Palabra que suena a bienaventuranza, que beatifica no actitudes sino directamente a las personas. Quien la pone en práctica, da generosamente, libre de todo egoísmo, sólo por amor, vive la nueva condición de hijos de Dios.

b.- Jn. 17, 6. 11-19: Padre, santifícalos en la verdad.

El evangelio nos presenta la oración sacerdotal de Jesús que ruega por los discípulos que están en el mundo (vv.9-11), para que el Padre santo sea padre de los discípulos (vv. 12-16) y para que el Padre santifique a los discípulos (vv.17-19). Jesús pide al Padre Santo, sea Padre para sus discípulos y los cuide. “Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado para que sean uno como nosotros” (v.11). ÉL pide la protección del Padre, para sus frágiles discípulos, en un mundo hostil, y por los que creerán en ÉL en el futuro. La comunión con el Espíritu Santo que viene del Padre, permite la unión del Hijo con el Padre santo, lo hace presente y asegura su presencia en la comunidad. Se pide la unidad la misma que existe entre Jesús y el Padre (cfr. Jn.14, 16. 20; 17,21-23). Hasta el momento Jesús ha constituido el grupo, ha vivido con ellos, los ha mantenidos unidos al Padre. De ahora en adelante, la experiencia del Padre, va ser interior es decir, en espíritu, en la verdad de la fe. Sin embargo, no todos los discípulos están en sintonía ni con el grupo, ni con el Maestro. Judas se aparta, no responde

al amor divino (v.12; Jn.13, 26; Sal. 41,10). Si Jesús se adelanta y les anuncia su partida, es para que cuando llegue, conserven la alegría, fruto de la experiencia del amor del Padre, que Jesús les ha comunicado con su vida y obras (v.13; Jn. 15, 1.11). El Padre había puesto en manos de Jesús a los discípulos, sacándolos del mundo. ÉL les ha comunicado su palabra, su voluntad salvífica, con lo que se produce su separación del mundo, para entrar en el Reino de Dios, lo que suscita el odio del mundo. La separación del mundo no es material, sino afectiva, pues en la sociedad, han de vivir la alternativa de la fe en Jesús, sin ceder a las tentaciones del Maligno (v. 14s; cfr. Jn. 17, 6; 15, 18-25). Ceder a las pretensiones de Satanás y al provecho personal es convertirse o ponerse al lado de los poderosos que oprimen a los demás (cfr. Jn.8, 44; 13, 2. 27). La mayor traición sería estar aparentemente con Cristo, y al mismo tiempo practicar la injusticia, con los mismos poderes que condenaron a Jesús a la cruz. “Santifícalos en la verdad, tu palabra es verdad” (v.17). Nuevamente Jesús habla de la ruptura con el mundo de los discípulos, que es como la suya propia. La verdad, consagra, santifica, lo que está en íntima relación con el Espíritu Santo, que unge, como el Padre del que procede el Espíritu. Jesús instituye la relación entre consagración y verdad. El Espíritu es la vida y amor del Padre, principio de vida, que comunicada al discípulo, lo hace conocer una experiencia nueva de vida y amor que en cuanto aceptada, es la verdad (cfr. Jn.1, 33; 3,6; 8,31; 14,26; 15,26; 20,22). Ser consagrado en la verdad, es por tanto, comunicar el Espíritu. Así como el Padre, consagró a su Hijo para la misión, como el Enviado, ahora pide lo mismo al Padre, pero para sus discípulos, los consagra con la unción mesiánica, como ÉL fue ungido. La verdad, se funde con el amor y la vida del Padre y del Hijo en la existencia del hombre creyente (cfr. Sal.119, 142; 13, 34). Es el Espíritu quien otorga la experiencia del amor del Padre, vivirlo, es la verdad; proclamarla es la palabra, hacer camino es el mandamiento; entregarse por ella, es manifestación de la gloria del amor del Padre por toda la humanidad. Finalmente, Jesús retoma el tema del envío, la misión y la santificación-consagración. La misión de los apóstoles debe tener el mismo fundamento que la de Jesús, el Enviado, esto es, la consagración en el Espíritu, con la persecución como respuesta del mundo. Si bien ya estaba Consagrado, ahora se consagra ÉL mismo por los suyos, señalando su muerte en cruz. Esta consagración exige una respuesta del hombre, que colabora así, a la entrega del Espíritu, que hace Dios por su parte, un comprometerse de por vida a esa dinámica de entrega, servicio y amor (vv.18-19; cfr.15, 18-25; 16,1-4). Este testamento no adquiere validez hasta que Jesús entregue efectivamente su vida. El don de su vida, hará realidad el don del Espíritu, y por lo tanto, la consagración y santificación de los discípulos de ayer y de hoy en su Iglesia para la evangelización de nuestra sociedad.

Santa Teresa de Jesús, vive en la verdad del amor de Dios y que Jesucristo selló en su alma por medio de las Escrituras. “¿Qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfectas; que para ser unos con ÉL y con el Padre, como su Majestad lo pidió (cfr. Jn.17,22), mirad qué nos falta para llegar a esto” (Libro 5 Moradas 3,7).

JUEVES

Lecturas bíblicas

a.- Hch. 22, 30; 23, 6-11: Pablo ante Sanedrín.

Este texto ve el cumplimiento del anuncio de las palabras de Jesús acerca de la persecución que les esperaba a los apóstoles, lo que ahora le sucede a Pablo en Jerusalén (v. 30; cfr. Hch. 20, 23; Lc. 21, 12-13, Jn.15, 20; 16, 2). Pablo es llevado ante el Sanedrín, su misión ha consistido en predicar el evangelio de la gracia y ahora, da testimonio de su esperanza de la resurrección de los muertos. Resurrección que se ha hecho realidad en Cristo Jesús y que se cumplirá en la propia resurrección, para los que creen en Jesús (cfr. Hch. 23, 6; 24,15; 26,6-8; 28,20; 1Cor.15, 12-28; 2Cor.13, 4; Ef. 1,18-20). Inteligentemente Pablo provoca la división entre el auditorio, compuesto en su mayoría por fariseos y saduceos, mencionando el tema de la resurrección, los primeros se ponen a favor del acusado, los otros en su contra porque no creían en la resurrección de los muertos (vv.6-8); a tal punto llegó el alboroto que el tribuno, por salvar a Pablo de la muerte, lo envía a la prisión (vv.9-10). Esa noche se manifiesta el Señor a Pablo en una visión, pidiéndole que dé ese mismo testimonio en Roma (v.11). Lucas, deja en claro que Pablo había sido acusado injustamente de haber introducido a Trófimo de Éfeso, un cristiano gentil en el templo (cfr. Hch.21, 29; 22,1-30), y a otros acompañantes y que había cruzado el atrio de los gentiles, y por ello, contaminado el templo. Creyendo en esta supuesta trasgresión, el pueblo ataca a Pablo y es arrestado. Este Trófimo seguramente recibió el bautismo durante la estadía de Pablo en Éfeso durante su tercer viaje misional. Fue uno de los que acompañó a Pablo en su regreso por Macedonia y Asia Menor hasta llegar a Jerusalén (cfr. Hch.20, 3-5; 21,17-22). Se convirtió en colaborador de Pablo (cfr. 2 Tit. 4, 20), siempre sostenido por la gracia de Jesucristo resucitado. La participación frecuente en la Eucaristía, fortalece nuestro testimonio de fe y obras.

b.- Jn. 17,20-26: Padre, que sean uno con nosotros.

El evangelio nos presenta la última parte de la Oración Sacerdotal de Jesús, en que ruega por la Iglesia de los que creerán a la palabra de los discípulos (vv.20-21), por los que participan de la gloria de la comunión con el Padre y el Hijo (vv.22-24), y para que participen de la vida eterna (25-26). Jesús, fija la mirada en el futuro: les ha dado a conocer a Dios, esta labor la confía ahora a los discípulos y a las nuevas generaciones de cristianos, gracias a la predicación de los discípulos que ahora comparten la mesa (v.20; cfr.Jn.13,18-20). Ora para que todos los creyentes que vendrán para que sean integrados en el amor del Padre y del Hijo sean uno; esa unidad entre ellos, que no es un fin en sí misma, será que el mundo crea que ÉL, como enviado del Padre (v.21). Jesús dice al Padre que la unidad entre ellos, que ahora comparte con los discípulos, es manifestación de su gloria. Si Dios se dio a conocer por la Ley, ahora la relación del Padre y del Hijo, se ha hecho visible en el don del Hijo, es decir, revelación de la gloria de Dios. Mientras unos prefirieron la gloria de los hombres, otros han creído en el Hijo, manifestación del amor de Dios hecho visible en la gloria de Jesús (v.22; cfr. Jn.12,43). Jesús ha dado a conocer el amor y la unidad que tiene con el Padre. La gloria de Dios, que es el amor dado al Hijo por el Padre, se hace presente en la historia de los hombres, en la gloria que él Hijo a dado a los creyentes (v.22). Ahora Jesús ruega al Padre, por la inhabitación mutua entre ÉL y los creyentes, y el Padre y Jesús (v.23; cfr. Jn.15,1-11). Esta inhabitación deberá proyectarse en la perfecta unión de los creyentes, con fin muy claro, dar a conocer a Dios al mundo. El amor de Jesús, el de los discípulos entre sí, dará a conocer al amor del Padre cuando envió a su Hijo (Jn.3,16). Jesús, expresa su deseo que todos los que el Padre le ha confiado estén con ÉL allí donde esté El. No se refiere sólo a los discípulos que tiene consigo ese momento, sino todos los discípulos que creerán por la palabra de ellos en el futuro. Unidos todos al Hijo, en una nueva situación salvífica, podrán contemplar la gloria que tiene Jesús, dada por el amor del Padre antes de todos los tiempos (v.24). Los discípulos han visto su gloria en los hechos de Jesús, el anuncio se refiere a la consumación del misterio pascual de Cristo que comprende también a los discípulos creyentes del futuro. Esperan que Jesús vuelva al Padre para llevarles al lugar preparado para ellos (Jn.14,1-3). Finalmente, Jesús se dirige al Padre justo (v.25). Dios será justo con un mundo que lo desconoce, pero también con aquellos que dirijan su oración a él como Padre. El rechazo del mundo no ha sido motivo para que Jesús falte al conocimiento del Padre. Los discípulos han conocido al único Dios verdadero, por el testimonio de Jesús. Esta tarea de dar a conocer al Padre continuará, mientras viva Jesús, pero se prolongará por la acción del Espíritu Santo, para que el amor del Padre por Jesús y su amor por los discípulos, pide esté en la vida de los discípulos. Los Santos y la vida de tantos cristianos da testimonio que la Iglesia

cuenta con el amor eterno del Padre, que el Hijo manifestó con su vida y el Espíritu Santo actualiza en la Palabra orada, Sacramentos, y la oración.

S. Teresa de Jesús, vive la unión en forma, entendiendo por ello la unión de voluntades, la de Dios y el hombre, cimentado en el amor. “¡Oh, qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá, si no fuere si se ve en algún peligro de perder a Dios o ver si es ofendido; ni enfermedad, ni pobreza, ni muertes, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Iglesia de Dios; que ve bien esta alma, que Él sabe mejor lo que hace que ella lo que desea.” (Libro 5 Moradas 3,3).

VIERNES

Lecturas bíblicas

a.- Hch. 25, 13-21: Pablo ante el rey Agripa.

Este texto nos presenta la visita del rey Agripa II, al nuevo procurador Porcio, que sucedió a Félix, y a Pablo encarcelado en Cesarea (vv.13-14; cfr. Hch. 24-25,1-12). Sus enemigos, los judíos, quieren condenarle a muerte (v.15; Hch. 21,36; 22,22). El nuevo procurador, hombre apegado a la ley romana, dice que no puede condenar a nadie, sin tener derecho a defenderse, a tener un juicio. Vistas las partes en el juicio, Festo, no condena a Pablo, porque no ve motivos para ello, al menos lo que exponen los judíos, no son motivos para ser castigado de muerte. Se ve un contraste. Por la parte judía, piden sin más la muerte del acusado; por otra, la serenidad y equilibrio, el escepticismo, del procurador romano, convencido de la inocencia de Pablo, desde el punto de vista político (vv.16-18). El punto central del juicio: la Persona de Jesús, y que está vivo. Mientras para los judíos es motivo de muerte sostener que ha Jesús ha resucitado, para el romano, no es otra cosa, que una acusación acerca de su religión (v.19), acusaciones no de carácter político, sino religioso (cfr. Hch. 23,39). Se cumplía aquello de Jesús bandera discutida, piedra de tropiezo, cruz y resurrección escándalo para los judíos y locura para los paganos (cfr. Lc. 2,34; Is. 8,14, 1Pe. 2,8; 1Cor.1,23; Hch.17,19-20). Como Pablo ya había apelado al César, por ser ciudadano romano, debía ser custodiado, hasta ser llevado a Roma (cfr. Hch. 25,11-12.21). La intención de Lucas, es demostrar la inocencia de Pablo, y el movimiento cristiano; no contradicen en nada las leyes del orden público romano.

b.- Jn. 21, 15-19: Simón, ¿me amas? Apacienta mis ovejas.

En el epílogo del evangelio, nos presenta un interrogatorio de Jesús a Pedro (vv.15-17), y luego le anuncia su martirio (vv.18-19). Las tres preguntas de Jesús piden a Pedro amarle más que sus compañeros. Sus consabidas respuestas de amor, son conocidas por el Señor Resucitado, por ello, le exige que apaciente sus ovejas. Se establece una nueva relación entre el Buen Pastor y Pedro constituido en pastor de la Iglesia (v.15; cfr. Jn.10,14-18;13,37). La triple confesión, puede tener su origen en la costumbre de declarar tres veces ante testigos, antes de hacer un contrato. Concretamente, la razón que tiene Jesús para exigir una triple de amor para superar la triple negación de Pedro durante la pasión (cfr. Jn.18, 17. 25. 27). A pesar de su fragilidad y cobardía ha estado con Jesús en su ministerio, pero durante la pasión lo niega y abandona, en cambio, el discípulo amado, estuvo al pie de la cruz, recibió el testamento del Crucificado y el don del Espíritu Santo (Jn.19,25-27.28.30-37). Jesús acepta su confesión de amor y le nombra a Pedro pastor de su rebaño. Este oficio lo vincula con Jesús, Buen Pastor y deberá apacentar al rebaño, alimentarlo, darle vida, conocerlas y dar la vida por las ovejas (v.17; Jn.10,10.14-15-18). Jesús, le predice a Jesús su futuro, comenzando por el pasado, cuando estaban juntos, era joven y se ceñía e iba donde quería, pero llegará el tiempo, cuando sea viejo, que otro le ceñirá, dará su vida por las ovejas del Señor, y será conducido donde hubiera proferido no ir. Velado anuncio de la crucifixión, que sufrirá, al igual que su Señor, al final de sus días, glorificará a Dios, con la entrega de la vida. Una vez que Jesús ha enseñado todo lo que conlleva su oficio a Pedro lo invita a seguirlo personalmente el resto de sus días (v.19; cfr. Jn. 1, 42). También a nosotros nos invita a seguirlo el cultivo de una exquisita amistad con Él, por medio de la escucha de su palabra, la recepción de la Eucaristía, poner por obra su evangelio de gracia y salvación.

S. Teresa de Jesús, y San Pedro, hicieron de la escucha de la voz de Cristo Pastor, el centro de sus vidas. Al referirse a la oración de recogimiento y la necesidad que los sentidos entren el castillo Interior que por años han estado afuera, se acercan, vista su perdición, oído el silbo del Pastor, se deciden entrar. “Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia, quiérellos tornar a él y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y se meten en el castillo.” (Libro 4 Moradas 3,2).

SABADO

Lecturas bíblicas

a.- Hch. 28,16-20.30-31: San Pablo en Roma.

Llegamos al final del Libro de los Hechos de los Apóstoles. La intención de Lucas se cumple: el evangelio llega hasta los confines de la tierra. Roma, era el centro del mundo conocido, a la que llega Pablo, de cuyas acusaciones era inocente. Es prisionero por la esperanza de Israel que se cumple en Cristo Resucitado, fuente de salvación para judíos y gentiles. A Pablo se le permite vivir fuera del pretorio, en una casa particular, vigilado siempre por un soldado que lo custodiaba (v.16). Tres días después de llegar, reúne a los judíos de la ciudad, y explica su presencia en Roma, su proceso, ellos afirman no haber recibido noticias ni cartas de Jerusalén respecto a Pablo. Prefieren escuchar su propio testimonio (vv.17-19). Para Lucas, el proceso de Pablo, se debe a querer mantenerse fiel a la esperanza de Israel (v.20; cfr. Hch. 24,15; 26,6-8). Otro día les predicó acerca del Reino de Dios, de Jesús, basándose en la Ley y en los Profetas, unos aceptaron el mensaje, otros lo rechazaron, pero Pablo, deja en claro que este endurecimiento de los corazones había sido anunciado por boca del profeta (vv. 26-28; cfr. Is. 6,9-10). El autor de los Hechos, culmina el viaje de Pablo en Roma, porque con ellos quiere coronar la carrera de un hombre de Dios, que a pesar de llevar cadenas, no deja de predicar el evangelio. Su presencia en Roma, es como la síntesis de toda su obra: la misión entre los gentiles, sufrir las maquinaciones de los judíos, y el evangelio que en la persona de Pablo, ha recorrido un camino de dolor y gloria, desde Cesarea a Roma. Es el hombre de Dios que encadenado, sigue predicando el evangelio, cumpliéndose las palabras del Resucitado: "Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra" (Hch.1, 8). Luego de los dos años de libertad vigilada, seguramente Pablo, fue liberado de esa primera cautividad romana (v.30). Luego de alcanzar la libertad, pudo realizar su viaje a España, y más tarde, después de realizar nuevas labores misioneras, sufrió una segunda cautividad romana, culminando su vida con su glorioso martirio a las afueras de Roma.

b.- Jn. 21, 19-25: El destino del discípulo amado.

En el evangelio tenemos la preocupación de Pedro por el destino del discípulo amado (vv.20-23), y el testimonio de la comunidad del apóstol Juan (vv.24-25). El autor nos presenta el final de su obra, donde la comunidad joánica, los discípulos de Juan, aclaran el destino final de su maestro, el discípulo amado. El "sígueme" de Jesús a Pedro (v.19), es válido también para Juan. Se afirma que en este evangelio encontramos el testimonio del discípulo amado. Para el autor queda

establecido que el discípulo amado, es el ideal del discípulo, que siempre siguió a Jesús (v. 20). Pedro, se interesa por Juan, conocido su destino: ¿cuál será el final de Juan, el discípulo amado? Jesús, no responde a curiosidades, sólo le señala que lo único que le debe importar a él es seguirle; ÉL tiene cuidado de todos sus discípulos. “Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú sígueme” (v. 22; cfr. Jn. 21,19). Algunos apoyándose en las palabras de Jesús, pensaron que Juan no moriría, pero el autor, aclara que Jesús no quiso decir eso (v.23). Cuando murió el apóstol, ciertamente en la comunidad causó gran conmoción, en el sentido que esperaban que estuviera vivo, para cuando viniera el Señor Jesús. De ahí la necesidad de aclarar las palabras de Jesús, por lo mismo, la comunidad joánica, los discípulos de Juan apóstol, añaden un epílogo al evangelio. Al testimonio de Pedro, se añade el del discípulo amado, quien da testimonio del contenido de este evangelio, porque, él lo escribió. El “nosotros” (v.24), que da testimonio que todo lo escrito es verdad, revela la intervención de la comunidad cristiana, que nació en torno a la palabra de Juan, el discípulo que Jesús amaba. La comunidad confirma que el evangelio es de S. Juan, apóstol. La Iglesia teniendo en alta estima este evangelio, nos invita, a que como Juan, dejemos que Jesús escriba su evangelio, en la vida de cada uno de los discípulos que se sienten amados por ÉL, y por ello le siguen hacia la Casa del Padre.

S. Teresa de Jesús, como Juan, el discípulo amado, al final de sus días, comprendió que el amor lo hace todo para que Jesucristo sea servido en su Iglesia. “La paz interior y la poca fuerza que tienen contentos ni descontentos por quitarla de manera que dure... Esta presencia tan sin poderse dudar de las tres Personas, que parece claro se experimenta lo que dice San Juan, «que haría morada con el alma» (Jn.13,23), esto no sólo por gracia, sino porque quiere dar a sentir esta presencia, y trae tantos bienes, que no se pueden decir, en especial que no es menester andar a buscar consideraciones para conocer que está allí Dios.” (Libro de las Relaciones 6,9).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.